

Primera parte

MILAGROS

1

En todos los periódicos de hoy, jueves quince de marzo, aparecen los titulares con la misma noticia: "Misterio en muerte del intelectual Manuel Monthess", y reseñas como la siguiente: «Brutalmente asesinado encontró el mayordomo de la hacienda Tres Esquinas a su patrón Manuel Monthess y a su amiga Cristina de-la-Hozz. Luego de golpear insistentemente en la puerta de la habitación principal y no obtener respuesta, ni oír ruidos, optó por derribar la puerta de fina talla con inscripciones de "Libertad o muerte" —que data de la época de la colonia— hallando los dos cuerpos desnudos, ambos degollados y mutiladas las partes íntimas; las de él estaban sobre un papel de pergamino donde con fina letra, en tinta color sepia, se leía claramente: "Ya en nadie puedo confiar. Te veré en el infierno"; y las de ella, igualmente sobre un pergamino, colocadas en un extremo de la cama en el que se leía: "Mal nacida. Con esto quedamos a paz y salvo. Bien lo merecías". Un tulipán color púr-

pura, exactamente un blackhorse, se encontraba entre los dos cuerpos.

Dos días después del asesinato las autoridades no tienen indicios de quién cometió el crimen —un crimen aparentemente perfecto—. Existe conmoción en la ciudad de Bogotá y en todo el país por la muerte inesperada, y menos en las circunstancias reveladas, del intelectual Monthess. Sus aportes de tipo crítico, y a la vez constructivos, eran lectura obligada en los más importantes periódicos de la nación; así como las presentaciones en radio o televisión donde su voz cada día calaba más dentro de una sociedad que pretendía lograr, finalmente, una justicia social, una equitativa distribución del ingreso, índices sostenibles de desarrollo basados en la educación y productividad de su gente, todo enmarcado en una paz conseguida gracias a la firma de un acuerdo con el que se daba por terminada una triste época del país, en la que fue mucha la sangre derramada, no en una sola década sino en varias de ellas».

Ya le había advertido a Manuel que no me fuera a fallar. Que se casara el día que se le diera la real gana y con la mujer que quisiera, pero no con la puta barata de Cristina de-la-Hozz. Le soportaría todo: que llamara cuando se le antojara; señalara el sitio que quisiera para que nos viéramos; dejara de verme entre un encuentro y otro el tiempo que creyera conveniente; si olvidaba mi fecha de cumplea-

ños o el día que nos conocimos y en el que nos amamos por primera vez, yo lo entendería; nada de ello sería imperdonable; todo eso y cualquier otro abanico de posibilidades lo soportaría, más no el casarse con Cristina de-la-Hozz. En más de una ocasión le dije que de llegar a realizarlo, los días estarían contados. Yo tenía muy claro lo que quería transmitirle con esas palabras. Todo indica que él nunca las tuvo en cuenta o simplemente le pareció que no tenía que darle importancia a las mismas, ya que procedían de una mujer celosa.

Él no se percató de la seriedad de las mismas. Creyó que era una broma más de tantas que solía hacerle y con las cuales gozaba. Le encantaba la forma, según él, "elegante y a la vez coqueta de hacerlas". Era tan inocente para caer en ellas, pero igualmente cierto que muchas veces consideraba que era más por darme gusto y tener de qué reírnos, que una creencia absoluta en ellas. Aquella vez que se lo advertí no era un chiste, era una amenaza real. Siete meses atrás —un sábado 13 de agosto— descansando de aquella tarde llena de pasión, y además de amor para mí, y luciendo aquella diminuta prenda que me había traído de su último viaje y con la cual le fascinaba verme, respondió: "Mi querida Milagros, es lo más simple que has dicho; te conozco tanto que sé que no puedes ni matar una hormiga".

No tuvo en cuenta aquellas palabras. Yo las mantenía bien presentes como en aquel sába-

do. Tres meses después de empezar a circular las tarjetas de invitación, para mi propia desgracia y la de él, admitía que la cuenta regresiva para Manuel Monthess iniciaba. En ellas se comunicaba que la unión con Cristina de-la-Hoz se realizaría el día martes 13 de marzo a las seis de la tarde en la Catedral Primada de Bogotá.

Se sabe —para todos los creyentes en agüeros— que el martes 13 es considerado un día de mala suerte. Estoy segura que muchos jóvenes y viejos conocen muy bien el refrán español que dice: “En martes 13, ni te cases ni te embarques”, considerándose que ambas cosas, una boda o un viaje, acabarán mal si se comienzan en un martes 13. Pareciera que el destino me hiciera una mala jugada al haber escogido esa fecha. Es tal la superstición al número 13, que es habitual encontrar edificios de apartamentos u oficinas, y compañías aéreas que evitan este número, y todo por ser considerado de mal augurio desde la antigüedad, en especial por los cristianos que identifican a Judas el traidor, en la última cena de Jesucristo y sus doce apóstoles, como el número 13; o por la revelación del anticristo en el capítulo 13 del Apocalipsis. Del por qué el martes, se remonta al martes 29 de mayo de 1453 día en que la ciudad de Constantinopla cayó en manos turcas, generando un profundo trauma para las dominaciones cristianas al conocer que la flotilla de ayuda enviada por el papa Nicolás V —junto con las Repúblicas de

Venecia y Génova— no alcanzó a llegar a tiempo, catalogándolo de mala suerte. Combinando el mal augurio del 13 y la mala suerte del martes se da paso a la superstición del martes 13. Desde aquel tiempo terminó siendo una verdadera fobia todos aquellos días en que se juntan, siendo bautizada con un nombre impronunciable intentando con ello no ser recordada; incluso así, la "trezidavomartiofobia" mantiene su vigencia y seguramente más de uno, luego de lo acontecido, no querrá vivir un día como ese martes 13 de marzo, y mucho menos yo —que fui la causante—.

2

Soy Milagros Calabresce. Más de uno piensa que soy italiana y no venezolana. Así parece, pero soy nacida en Caracas y ahora vivo en Colombia. Mi bisabuelo era italiano y en razón al conflicto militar surgido en el siglo XX — grabado para la historia bajo el nombre de Segunda Guerra Mundial, siendo ésta la más mortífera de la humanidad con un resultado superior a los cincuenta millones de víctimas— decidió emigrar a América.

Debido a este conflicto fue que mi bisabuelo, hombre económicamente acaudalado y reconocido en el medio social e industrial del país, mediante sobornos a decenas de guardias en las distintas fronteras, llegó a la península ibérica y de allí partió hacia Suramérica teniendo como destino Venezuela, donde se radicó en 1943 con su esposa y tres hijos — entre ellos mi abuelo—. Mi bisabuelo, luego de trabajar en distintos oficios, incursionó, junto con mi abuelo, en el sector petrolero que se hallaba en una etapa de alto crecimiento — años 1956 y 1957— a raíz de la alteración geográfica de la oferta mundial del oro negro ocasionada por la crisis del Canal del Suez.

La vida de mis ancestros se desarrollaba sin complicaciones en el vecino país, formando parte de la alta sociedad y habitando en Caracas en una bella mansión, construida por mi bisabuelo, rodeada de jardines, piscina, algu-

nos árboles frutales y hasta un reglamentario green de golf, donde mi abuelo practicaba diariamente su *putt* para las apuestas del fin de semana con sus amigos en el tradicional Caracas Country Club. Contaban con exquisitos alimentos importados; no les faltaban las últimas novedades en tecnología; y en asuntos de moda, tanto masculina como femenina, no querían dejar de impresionar con las tendencias europeas en vestidos de calle y fiesta, gracias a contar con los mejores modistos que existían en la ciudad. Mi abuelo, sus hermanas, y posteriormente mi padre, se educaron en el Colegio San Ignacio de Loyola, bajo la dirección de los padres de la Compañía de Jesús. Él, al igual que toda la familia, vivió con holgura gracias a su situación privilegiada a nivel económico y social.

Todo el encanto en que vivían empezó a desaparecer con la llegada de Hugo Chávez al poder en el año de 1999 y su Revolución Bolivariana hacia el Socialismo del siglo XXI. Bajo ella encubrió una dictadura muy sutil y demagógica, que lo llevó a permanecer en la presidencia por más de doce años enmarcados en un gobierno populista, con expropiaciones, nacionalizaciones, limitaciones a la libertad de prensa, derroche de los fondos públicos, ofrecimiento de ayudas económicas a terceros países —sin importar que el propio mostrara necesidades apremiantes en todos los sectores—, obligando todo ello a que cientos de venezolanos, desde simples trabajadores has-

ta reconocidos empresarios e intelectuales, buscaran en el exterior seguridad y oportunidades económicas y sociales que no brindaba el gobierno de Chávez. Por eso mi abuelo en el año 2001, -ya estando muerto mi bisabuelo-, decide junto con toda la familia emigrar hacia Colombia, pero esta vez no por asuntos de guerra sino por uno llamado Hugo Chávez.

Mi abuelo decide radicarse en Bogotá y por su vasta experiencia en PDVSA —Petróleos de Venezuela— fácilmente encontró trabajo en una de las compañías dedicadas a la evaluación, exploración, certificación y perforación de yacimientos de petróleo siendo reconocido —por sus conocimientos— como un gran aporte para la industria. Rápidamente su ritmo de trabajo, sus relaciones sociales, y la buena vida, que siempre luchó por poseer, regresaban a ellos. Los hijos habían estudiado en las mejores universidades de Venezuela y desde luego no faltó quien quisiera seguir sus pasos en el mundo del mineral que movía al mundo; Juan, su hijo menor, mi padre, optó por estudiar ingeniería de petróleos.

Tan brillante como mi abuelo, mi padre se graduó con honores en la universidad. Allí vivió, dicho por él, los años más tranquilos y los de mayor plenitud de su vida estudiantil, donde sin problema, con la mayor facilidad, asimilaba los distintos temas de la carrera y por ello era el estudiante más solicitado para conformar los grupos de estudio. Pero no era solicitado solamente en los grupos de estudio; por

su singular sencillez, su sonrisa, habilidad para la guitarra y el canto, sus "adorables compañeras", como él usualmente las llamaba, hacían lo imposible para que él fuera el acompañante a las reuniones a las que eran invitadas continuamente.

Decía mi madre Antonia —colombiana de nacimiento— que papá era muy asediado por las mujeres. No eran muchos los muchachos como él y sin duda que era catalogado como "un buen partido", haciendo referencia a aquella famosa expresión de las abuelas, cuando hacían sus comentarios sobre cual caballero convendría para alguna de sus hijas o parientas. Al pedirle que me contara sobre su vida, papá dejaba que yo eligiera: su infancia, adolescencia, los abuelos, los estudios, los amigos, las novias. Disfrutaba escuchándolo hablar sobre su época universitaria en Venezuela. Definitivamente era un joven libre, ansioso de gozar, aprender, y amar. Tenía recursos económicos y a su alrededor mucha pobreza, así fuera un país rico en petróleo, y por eso organizaba grandes jornadas sociales. De sus novias, tres o cuatro a lo largo de su carrera, era un poco celoso en soltar detalles; todo terminaba antes de tiempo por culpa de los "enfermizos e inmanejables" celos de sus, casi, efímeras novias.

En uno de los períodos de vacaciones viajó a Italia a conocer la tierra de sus antepasados y a reunirse con familiares lejanos con los cuales sus padres mantenían permanente co-

municación. Pasábamos momentos agradables contándome sus aventuras de ese viaje y cómo caminaba y caminaba horas enteras, en espera de que alguien se compadeciera de él y lo acercara a su siguiente destino, pues había decidido hacer ese viaje haciendo autoestop, una expresión y modalidad de viaje muy practicada en esa época, en la que se pide mediante señas manuales a otros viajeros que se trasladan en automóvil o camión, que le den un "aventón" para llegar a la siguiente población y con ello tener una experiencia distinta y economizar dinero en el transporte, ya que buscan que esos "aventones" sean de forma gratuita. Entre relato y relato tocaba su guitarra deleitándome con canciones infantiles, incluso con algunas compuestas por él.

En la calurosa Barrancabermeja se conocieron mis padres. Él se acercaba a los veintinueve años y ella a los treinta. Ella era la organizadora de un congreso de ingenieros de petróleos y él, por su gran experiencia, había sido invitado para dictar una conferencia. Era comunicadora social y se había dedicado a ser coordinadora de eventos. Por una ausencia temporal de la comisionada de recibir las credenciales de los participantes, fue la encargada de realizar el registro de quien sería su futuro esposo. Se cruzaron unas palabras y a lo largo de los dos días de conferencias se vieron un par de veces. Ambos comentaban que quedaron encantados el uno del otro aquella noche en que se encontraron por primera vez. Si no ocurrió exactamente un enamoramiento a primera vista, si percibieron un interés especial entre los dos y por eso continuaron hablándose, convirtiéndose en una necesidad diaria, lo que les generó grandes cuentas de teléfono por estar él radicado en Caracas y ella, generalmente, en Bogotá. Finalmente formalizaron su noviazgo y terminaron casándose en Caracas en 1987.

Sobre mi madre, papá comentaba que era muy disciplinada, quería tener todo en orden y con un perfecto aseo; era muy puntual en el cumplimiento de sus compromisos; desde luego muy cariñosa con él y añorando ser madre